

PENSAMIENTO

La otra historia del cristianismo

De doctrina minoritaria a religión oficial, la expansión de las ideas de Jesucristo está atravesada por la política

Por Reyes Mate

HISTORIAS DE LA IGLESIA hay muchas; pero historias de la Cristiandad, pocas. La diferencia entre unas y otras es que las primeras cuentan el cristianismo desde dentro, tal y como los creyentes quieren verlo; las segundas, por el contrario, tratan de explicar lo que las Iglesias han dicho o hecho con el rigor que la ciencia histórica permite. Son dos lecturas diferentes. Durante siglos no hubo más historia del cristianismo que la escrita por la Iglesia. Es a partir de la Ilustración cuando la razón histórica hace su propia lectura del fenómeno cristiano. Lecturas diferentes, sí, y, además, enfrentadas. El creyente puede aceptar el sentido de los hechos que da su Iglesia, lo que no podrá ya es desentenderse de explicaciones como las que el historiador británico MacCulloch tan generosamente brinda en esta ambiciosa *Historia de la Cristiandad*.

El cristianismo tiene su origen en un predicador galileo que era un judío leal pero con un toque novedoso que inquietó a los guardianes de la ortodoxia. Opone el espíritu a la letra y predicaba la liberación de la ley y de las rígidas costumbres del judaísmo. Aunque consiguió algunos seguidores, el proyecto fracasó. Las autoridades religiosas y militares se aliaron para acabar con un personaje menor que molestaba pero no representaba realmente un peligro.

La aventura del reformador religioso pudo haber acabado ahí de no haber sido porque la predicación del galileo podía sobrevivir mejor fuera de la sinagoga. Eso lo entendió bien Pablo, el auténtico artífice del cristianismo tras el fracaso del fundador. Consiguieron que hubiera seguidores del galileo fuera de Israel. El mundo griego y romano era un buen caldo de cultivo. No es seguro que estos grupúsculos hubieran prosperado por su cuenta. Era



El pecado original, ilustración de la Biblia de Alba, traducida por Moisé Arragel (siglo XV).

Los concilios que forjaron el credo de la Iglesia no fueron convocados por papas sino por emperadores

pocos y particularmente provocadores porque su Dios no toleraba otras divinidades. Lo pasaron mal hasta que un golpe de suerte transformó su destino. Un emperador,

Constantino, se hizo cristiano y convirtió esa religión exigente en la oficial. Ahí empieza la historia de la cristiandad que ha llegado hasta nosotros.

Es una historia política. Al convertir el cristianismo en religión oficial, lo que ocurriera dentro del cristianismo era asunto de Estado. Al entrar en religión los intelectuales del imperio, los debates teológicos se multiplicaban exponencialmente. Como la pasión teológica derivaba en enfrentamientos sociales, allí estaba el emperador para poner orden teológico. No se suele reparar en el hecho de que los primeros concilios ecuménicos en los que se forjó el "Credo" de la Iglesia, es decir, su doctrina sobre Dios, la Trinidad,

Jesucristo o la Virgen, no fueron convocados ni sancionados por papas, sino por emperadores: Nicea (325) por Constantino; I de Constantinopla (381) por Teodosio I; Efeso (431) por Teodosio II; Calcedonia (451) por Marciano. El poder político buscaba orden, unidad y servicio a la corona. Consustancial a la cristiandad es pues "teología política", esto es, la impronta política que tienen las categorías teológicas. Andando el tiempo, y ya en pleno siglo veinte, Carl Schmitt recuperará el término para señalar el origen cristiano de las modernas categorías políticas (soberanía, estado de excepción, etcétera).

Se nota que el historiador es británico. El centro de gravedad del cristianismo moderno es lógicamente sajón y protestante. En la bibliografía reseñada es difícil encontrar un libro que no esté en inglés. Esto afecta al lugar de España y América Latina. El barco que hizo historia es el *Mayflower* y no la *Santa María* de Colón, sólo que así no se explica por qué en el siglo XVI el centro de gravedad pasa de Oriente a Occidente; exagera el error de Las Casas en la trata de negros (le hace responsable de esa desgracia, olvidando que él planteó "traer de España una docena de esclavos negros"). Una docena y desde España, algo que este "clérigo arropado", como él decía de sí mismo, tanto lamentó a lo largo de su vida; no capta la encrucijada de la Guerra Civil...

El peligro de estas lecturas "objetivas" de un fenómeno tan escurrido como el del cristianismo es que la ciencia acabe siendo la cama de Procrusto: que sólo se tome en serio lo que la razón del historiador puede digerir. El peligro entonces es perder de vista momentos decisivos de la historia. Se insiste tanto, y con razón, en el componente ideológico de las afirmaciones religiosas que se pierde de vista el momento crítico de determinados lugares teológicos, por ejemplo, el dogma de la Trinidad. Frente a la postura del emperador, feliz con el monoteísmo porque eso favorecía su poder unipersonal, la Iglesia propone la Trinidad para relativizar el poder del soberano. Erik Peterson rescató en pleno siglo XX la figura de la Trinidad para cuestionar el endiosamiento del nazismo. Si las circunstancias políticas han moldeado el cristianismo, también las ideas teológicas han alterado la política. Junto a un cristianismo ideologizado hay otro crítico que apenas si tiene lugar en esta monumental y apasionante historia. Lo que esta historia demuestra es que el dentro y fuera de una tradición como el cristianismo son vasos comunicantes y la energía crítica fluye desde la razón a la religión y viceversa. ●

Historia de la Cristiandad. Diarmaid MacCulloch. Traducción de Ricardo García. Debate. Barcelona, 2011. 1.293 páginas. 49,90 euros (electrónico: 29,90).

Ética sin coartadas

La clac y el apuntador. Materiales sobre la verdad, la justicia y el tiempo
Antonio Valdecantos
Abada. Madrid, 2011
375 páginas. 21 euros

Por José Luis Pardo

HACE YA ALGUNOS años, y algunos libros de título muy expresivo —*La moral como anomalía*, *Apología del arrepentido*, *La fábrica del bien*—, que Antonio Valdecantos viene librando una batalla intelectual muy singular y bastante solitaria contra un enemigo tan poderoso como bien instalado en las sociedades tardo-modernas. Él denomina a este enemigo "la moral deuterofisita". Bajo esta fórmula, que suena deliberadamente a herejía del cristianismo primitivo, se oculta la extendida y autocomplaciente creencia en que la moral, entendida como un sis-

tema de obligaciones y sanciones instalado a la vez en el espíritu público y en el privado, confiere al hombre algo así como una segunda naturaleza que le protege de sus carencias originarias. Estas consisten en que, frente a otras especies animales, que cuentan con el inigualable colchón salvador de la naturaleza como resorte y fundamento de su conducta, la humana se encuentra en una situación de desventaja comparativa: aunque también esté sometida a la jurisdicción estricta de lo biofísico, esa incomprensible extravagancia que llamamos libertad le permite escapar excepcionalmente a esa legislación general que gobierna el mundo de los cuerpos y, por ello mismo, deja el territorio de la vida y la acción personal en un particular estado de desamparo en relación con el resto de las entidades físicas, incluido su propio organismo, a la hora de enfrentarse con el dolor, con la injusticia o con la muerte. La moral, entendida en su más amplia acepción,

constituiría una compensación de ese déficit vernáculo, y ofrecería a los mortales la seguridad de un fuero sucedáneo que, desde los sentimientos morales hasta las reglas jurídicas, emula la "fuerza de ley" de la gravedad física o de la evolución de las especies biológicas y suple con su normatividad secundaria la carencia de naturaleza de los agentes libres. Tal es la herejía deuterofisita.

Se ve entonces hasta qué punto resulta difícil combatir esta hipótesis, no porque sus armas sean invencibles en sí mismas, sino porque cuenta con la impagable complicidad de quienes encontramos en ella la tranquilidad que permite calmar la irritación producida por la culpa, por el miedo o por la vergüenza, sustituyéndola por la seguridad indolora de un catálogo de responsabilidades preestablecidas que acaba por liberarnos de toda responsabilidad; además de que, por añadidura, proporciona a quienes se dedican profesionalmente al ámbito de la ética la coartada

de ejercer una función social con todas las ventajas de las ideologías religiosas o políticas y sin ninguno de sus inconvenientes. Pero se ve también hasta qué punto se trata de un combate imprescindible desde el punto de vista de la higiene intelectual y de la propia honestidad de la filosofía moral. A este enemigo, pues, que se embosca en la figura del sistema, sólo puede oponerse, como hace Valdecantos, una paciente labor de "deconstrucción" que, a fuerza de localizar sus paradojas (¿qué sucede cuando introducimos la variable "tiempo" en el orden de la justicia?), de señalar sus abusos (¿puede condenarse moralmente una ficción?) o de profundizar en sus incoherencias (¿hasta dónde llega el antagonismo entre legitimidad y violencia?), nos enseña que el punto en donde la peligrosa metáfora de la "segunda naturaleza" hace aguas no sólo no es el acabóse de la investigación moral, sino que representa su único y genuino momento de comienzo. ●